

David Huerta:

Esa otra ciudad que habitan los poetas

Guadalupe Alonso

En días recientes la Facultad de Filosofía y Letras rindió un merecido homenaje al poeta David Huerta, una de las voces fundamentales de la poesía mexicana actual. Guadalupe Alonso entrevista al autor de Incurable y Cuaderno de noviembre, en tanto que Salvador Gallardo Cabrera incursiona en la obra del poeta con un texto crítico de profundas implicaciones filosóficas.

La biblioteca familiar, el ambiente literario y político de la Colonia del Periodista, la convivencia en la Preparatoria Nacional y la Facultad de Filosofía y Letras fueron escenarios propicios que marcaron el destino literario de David Huerta, Premio Xavier Villaurrutia 2006. Lector precoz, admirador de César Vallejo, Carlos Pellicer y Pablo Neruda, cercano a los poetas del Siglo de Oro español —Garcilaso, Quevedo, Góngora—, desde la adolescencia definió su porvenir: la poesía.

Fue un largo momento entre mis doce y catorce años, al final de mi niñez, en el comienzo de mi adolescencia, que se afirmó cuando entré en la preparatoria. Ahí tuve amistades literarias, conversaciones que me marcaron para toda la vida. Recuerdo que metí unos poemas al concurso de la revista *Punto de Partida* y tuve una mención. Pasaron algunos meses, años, y en 1972 se publicó mi primer libro, *El jardín de la luz*, editado por la UNAM

en la colección Poemas y ensayos. Esa publicación se la debo en partes iguales a nuestro querido Rubén Bonifaz Nuño y a Jesús Arellano, dos grandes maestros.

Hay, además, otras vertientes de la experiencia infantil. Leía mucho, oía hablar de política y de periodismo porque vivía en una colonia de periodistas y, sin embargo, jugaba fútbol, corría por las calles, por el llano que todavía estaba salvaje. El lugar en el que pasé mi infancia se llama Segunda Colonia del Periodista. Hace algunos años la rebautizaron como Segunda Colonia del Periodista Francisco Zarco. Era una especie de *ghetto* gremial porque ahí vivían solamente quienes trabajaban en los periódicos: fotógrafos, caricaturistas, reporteros, articulistas, era un ambiente muy propicio para mí porque muchos de esos periodistas también eran escritores. Personas como Renato Leduc, Edmundo Valadés, Ricardo Cortés Tamayo, gran periodista y muy buen es-

critor, también un poeta de Costa Rica tristemente olvidado, Alfredo Cardona Peña, quien me enseñó mucho. Era un hombre de edad avanzada que había conocido a Rubén Darío y me hablaba de eso. Yo estaba leyendo en la biblioteca de mi casa a Rubén Darío y don Alfredo, que vivía al otro lado de la calle, hablaba de estos poetas que él había visto en vivo y en directo. Estaba además la política, una política muy revuelta en la Colonia del Periodista porque había de todo, la paleta era de verdad multicolor. Yo me movía en un ambiente más bien de la izquierda mexicana, comunistas acérrimos muchos de ellos, Benita Galeana, por ejemplo, Rosendo Gómez Lorenzo, mis propios padres. Me gustaría hablar de mi madre porque es natural que mucha gente piense que, porque yo escribo poesía, mucho tiene que ver con mi padre y es verdad, pero también tiene que ver con mi madre que era una gran lectora y una mujer muy inteligente, muy sagaz, Mireya Bravo se llamaba. Es una de las precursoras de lo que hoy conocemos como trabajo social en México y ella fue la primera lectora seria de mis poemas. Le tenía una gran confianza y era una persona muy lúcida, de una mirada muy penetrante cuando se trataba de leer o de examinar un texto.

Desde luego la presencia de Efraín Huerta, tu padre, tuvo un peso específico en tus primeros ejercicios literarios...

Cómo no, pero no solamente como una figura literaria. Recuerdo mucho mis idas al cine con mi papá. Él fue periodista cinematográfico, reseñista de películas durante largos años, cerca de cincuenta. Presidió PECIME, la organización de los periodistas cinematográficos de México, y también íbamos al fútbol. La literatura, en especial la poesía, era una parte muy importante, pero no única en mis comunicaciones, en mi amistad, en mis conversaciones con mi padre. Mi mamá murió en 1971, mi padre en 1982 y tengo el mejor recuerdo de ellos. La gente suele preguntarme si me pesa mucho la figura de mi papá y durante muchos años sí me pesó, aunque después, en un diálogo constante con él o con su queridísimo fantasma, todo eso se ha ido ventilando, se ha llenado de aire y de luz, de aire circulante. Ahora ya no hay ningún problema, en buena medida porque creo que nunca escribiré tan buenos poemas como los que escribió él, así que esa es una especie de extraño consuelo que tiene la forma de una resignación literaria. Yo escribiré lo mío, sin embargo.

¿Qué había en la biblioteca de tu infancia, a quiénes reconoces como tus figuras tutelares?

Había de todo, pero fundamentalmente literatura. Había novelas y una cantidad inmensa de libros de poesía. Muchos de ellos dedicados por los autores: Pablo Neruda, Paul Éluard, Nicolás Guillén, Rafael Alberti. Los leía con gran avidez. Desde luego estaban los con-



David Huerta en Tlayacapan

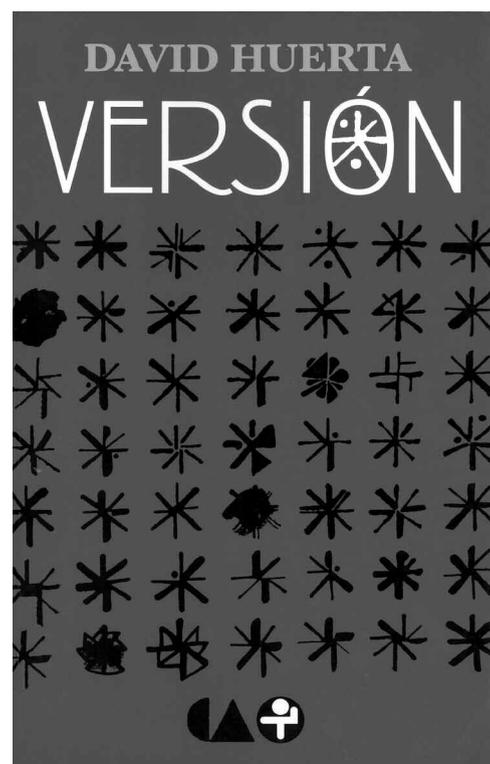
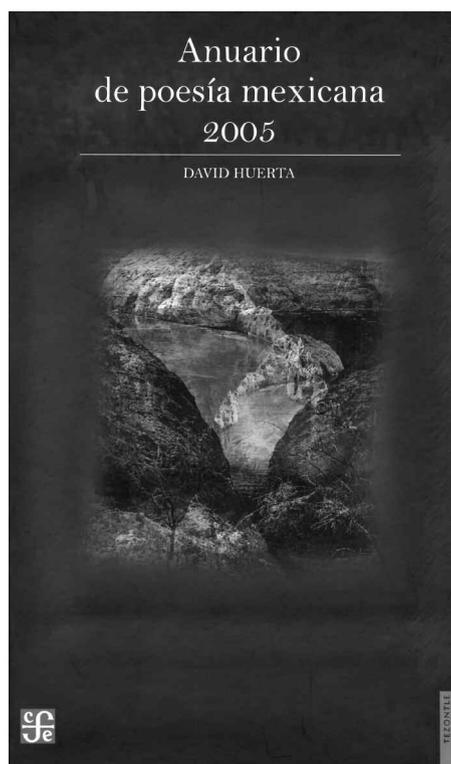
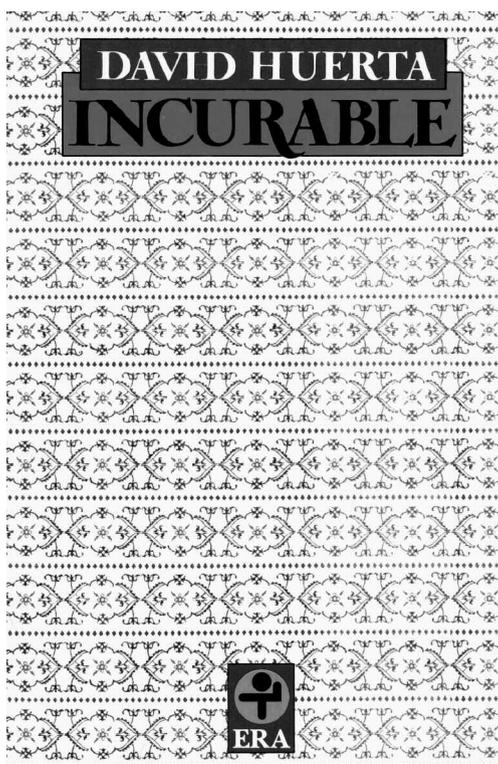
sabidos Julio Verne y Emilio Salgari, pero en esa época del final de mi niñez lo que hice fue, sobre todo, leer poesía. Creo que nunca he leído más poesía que en esos años, entre los ocho, nueve, doce y los trece años.

No cualquier niño disfruta y comprende ese tipo de lecturas.

Bueno, aquí entra en acción algo que se hizo muy vívido para mí, y es que la literatura no es solamente leer, es también hablar sobre literatura, la literatura es una forma de conversación. Uno conversa en silencio con el autor y el autor le dice una serie de cosas y uno responde como puede, con pasión, oponiéndose al autor, descubriendo cosas que no había descubierto en uno mismo y que están ahí. Pero una vez que cierras los libros, te diriges a los amigos o a los parientes. Mis amigos —muchos de ellos los conservo, otros se han ido— fueron mis interlocutores fundamentales en esta parte de la experiencia literaria. Con ellos descubrí convergencias, autores. La Ciudad de México a principios de los años sesenta era una ciudad en la que se podía caminar, entonces emprendíamos larguísima caminatas a las librerías del Centro a comprar uno o dos libros, lo que nos alcanzara para que después ese libro o ese par de libros circularan entre nosotros y los comentáramos. Ese largo proceso de inmersión en la conversación literaria reafirmó, consolidó mi idea de que yo iba a ser escritor, específicamente poeta.

Además de poesía has trabajado otros géneros. ¿Qué te ha implicado moverte entre la poesía, el ensayo y la narrativa?

Si no lo combinara con un cierto sentido de lo que entiendo por armonía, sería un desbarajuste, pero para



mí sin duda es la poesía el eje y el fundamento de toda mi actividad, aunque esté escribiendo una nota sobre fútbol, que por cierto ya no hago, porque las dos o tres últimas notas que escribí sobre fútbol produjeron a mi alrededor un éxito fulminante del que no quise beneficiarme. Así que decidí no hacerlo, no es lo mío. Que otros lo hagan, yo disfruto mucho los partidos en la televisión o en vivo pero no voy a jugar ese juego de complacencia con los entretenimientos populares. Volví a mi poesía, a la que escribo, la que leo y comento.

La traducción también es parte de esta labor literaria.

Mi inglés lo he aprendido por saturación. Con cierta pena o aturdimiento hace unos meses descubrí que el 80 por ciento de las lecturas las hago en inglés. Nunca lo he perfeccionado, siempre estoy aprendiendo, pero creo que eso ocurre con todo en este terreno de las lenguas o en general, uno nunca termina de aprender, somos estudiantes perpetuos. Creo que mal haríamos por un malentendido nacionalismo lingüístico o patrioterico en confinarnos a los autores de lengua española puesto que ellos mismos no lo hicieron. En el principio de la poesía moderna de lengua española está un gran autor que es un italianizante, Garcilaso de la Vega. Sin los italianos tampoco podemos entender la obra de Cervantes, el gran discípulo de Ariosto. Así que ésta es la lección de los grandes maestros, una mente y una sensibilidad abiertas, una gran curiosidad. Como dice Cervantes en el Capítulo 8 de *El Quijote*: “Yo que soy tan curioso y me la paso leyendo, leo hasta los papeles tirados en la calle, los levanto y los leo”. Ésta es la gran lección de los maestros y entre ellos hubo compañeros de la Preparatoria

Nacional, viejos escritores, militantes políticos y poetas que he ido conociendo a lo largo de la vida. No eran solamente mexicanos, sino algunos franceses, ingleses, latinoamericanos, como el gran poeta de Santa Lucía, Derek Walcott que estuvo en México y cuya sola presencia es un magisterio.

Traduje durante algún tiempo, pero lo dejé porque soy un traductor muy inseguro. Soy el típico traductor que frente a una palabra pierde dos horas en decidir qué término usar. Tampoco me parece una labor tan creativa como luego se dice. Me parece interesantísima cuando lo hacen grandes maestros como Ted Hughes con Ovidio, o las *Imitaciones* de Robert Lowell, o las traducciones clásicas que conocemos, *Las Heroidas*, de Antonio Alatorre, que a mí me parece un trabajo extraordinario. Los hexámetros latinos de Ovidio traducidos en una muy fluida y muy luminosa prosa castellana. Pero a pesar de que lo hice durante largos años, traduje algunos libros, poca poesía, lo he dejado porque me atormenta mucho. Prefiero ser lector de traducciones y en ese terreno creo que sí puedo conversar provechosamente con algunos amigos. Creo que la decisión fue correcta. Las traducciones que hago de poesía, las hago, sobre todo, para mí, no se las enseño casi a nadie.

Tu primer libro de poemas, El jardín de la luz, se publicó hace ya treinta y siete años. ¿Cómo juzgas ahora la poesía de ese joven? ¿En qué medida te ves reflejado en esos primeros poemas?

Lo tengo que juzgar con indulgencia porque de otro modo me pongo muy impaciente. Un lector muy sagaz, un poeta cubano al que aprecié, me dijo: “Se notan

mucho las lecturas recientes”. Es decir, es lo que él llamó con mucha precisión un libro derivativo. Un libro que era casi el producto inmediato de un lector muy ávido. Tuve la fortuna de darme cuenta de eso y en mi segundo libro, para bien o para mal, lo que está ahí es mío, aunque, lleno de contaminaciones y de influencias, pero ya procesadas, elaboradas, o quiero creer que lo están. Es un libro con reflejos que no lo han visto mucho los críticos —los críticos son a veces unidimensionales, tienen solamente un *track* en la cabeza, piensan que si uno es poeta está influenciado sólo por poetas y no es así. Por qué no puedo estar influenciado por cineastas, pintores, novelistas, periodistas, por conversaciones o conferencias que escucho—, y el caso es que *Cuaderno de noviembre*, este libro de 1976, está lleno de rastros de mis lecturas, por ejemplo de Italo Calvino. Hay citas literales de Italo Calvino que hasta ahora nadie ha registrado ni mencionado, hay juegos con relación a la prosa de Juan Carlos Onetti, de Julio Cortázar. Entonces un poeta no está hecho solamente de otros poetas, de poetas anteriores, está hecho de todo lo que le pasa, de todo tipo de experiencias, recuerdos, fabulaciones, fantasías, sueños y desde luego de lecturas, pero no exclusivamente de poesía. Y esto me parece muy interesante porque yo suelo guardar —después los tiro a la basura— recortes de periódicos, noticias curiosas o que de alguna forma me estimulan y, claro, de ahí también salen poemas.

Se ha dicho que tu última poesía ha sufrido un ejemplar proceso de depuración verbal, una transparencia o desnudez, algo posterior a títulos ya emblemáticos de tu obra como Versión, Incurable o el mismo Cuaderno de noviembre. ¿A qué obedece este proceso?

Durante largos años, unos doce o quince, escribí en una forma que parecía colindante con la prosa. Si una persona abría algunos libros míos como *Cuaderno de noviembre*, *Incurable* o incluso algunas páginas de *Versión*, podía tener una especie de leve desconcierto al principio. Alguien dijo que parecía una novela porque la página, lo que llamamos la mancha tipográfica, es muy compacta, la página está muy llena, los versos son muy largos, dan vuelta y llenan la página. Es un dispositivo formal, no lo inventé, lo aprendí leyendo a poetas que escriben así o de una manera parecida y pensé que esa forma de escribir iba a durar hasta un cierto momento y así fue. Después empezó ese proceso de depuración, escribir poemas más breves o versos más cortos, pero he ido descubriendo que esa otra forma de escribir tan abundante no ha desaparecido del todo. He escrito poemas muy largos que no he querido publicar porque ya es mucha lata, he publicado demasiado. Hay una especie de oscilación como en un columpio o una balanza, durante muchos años escribiendo de una ma-

nera y luego haciéndolo de una forma muy diferente, tanto que parece opuesta, pero también hay momentos que recorren la zona media e incluso podríamos hablar de la escritura de poemas en prosa. Entonces, hay que escribir de tantas maneras como a uno le plazca. Alguien me decía que *Incurable* es un libro muy prosaico, como una novela, pero yo no tengo ningún problema con eso, no le quiero imponer a nadie el género del libro que acabo de escribir. A mí me parece un libro de poesía, pero si a otra persona le parece otra cosa, una novela con una trama muy tenue, por ejemplo, no tengo ninguna objeción. Hay críticos muy ingenuos que han dicho que es un libro en el que yo aparezco demasiado, un libro megalomaniaco, egocéntrico. Por lo visto no han aprendido algo tan elemental como que cuando uno emplea la palabra “yo” no necesariamente se refiere a sí mismo. Dan ganas de enseñarles a leer.

En este oscilar, ¿cuál ha sido tu búsqueda, consideras que hay un eje central en tu poesía?

Hay varios centros que también se alternan en esa oscilación. Por ejemplo en *Cuaderno de noviembre* y en muchas zonas de *Incurable*, hay una presencia, no siempre explícita sino que hay que ver entrelíneas, de la Ciudad de México. Mi mujer, que es una lectora también fantástica, me decía: “Qué manera de querer diferenciarte de tu papá, porque él inventó los poemínimos (unos poemas epigramáticos muy graciosos, punzantes) y tú escribes *Incurable*, un libro intolerablemente largo, de casi cuatrocientas páginas”. Sin embargo, coincido con mi padre en el abordaje del tema de la vida en la ciudad. Claro que la ciudad de él es muy diferente, veinte o treinta años anterior a la que yo experimenté en mi juventud. Un amigo mío decía que uno descubre más o menos al mismo tiempo la experiencia de vivir en una gran ciudad y en la poesía. Y eso fue lo que nos pasó a los preparatorianos de Coapa, a ese grupo. Pero creo que no es una experiencia tan rara, le ocurre a mucha gente, descubres que la ciudad es fascinante, que es un laberinto roto como dice Borges, es un hervidero, un cosmos, un microcosmos o un macrocosmos pero también uno descubre a Carlos Pellicer, a Ramón López Velarde, es algo extraordinario, es un descubrimiento simultáneo. Así que uno de los centros es la Ciudad de México y la experiencia de la ciudad. El otro es el propio lenguaje, es la otra ciudad que habitamos los escritores, los poetas.

Paralelamente a tu labor como escritor, has abogado por diversas causas en favor de la cultura, como en el caso de la preservación de la Casa del Poeta, a punto de desaparecer por falta de presupuesto.

Ha estado en peligro de desaparecer muchas veces. No se trata solamente de mí, soy parte de un grupo de

lectores, de escritores preocupados por la cultura en esta ciudad y en este país, personas que simplemente no quieren que el arrasamiento sea completo, que siga habiendo focos de resistencia para ponerlo un poco en un plan combativo. Combativo frente a la estupidez ambiente, ése es el arrasamiento en el que estamos en continuo peligro de perder la batalla, pero no la vamos a perder por lo menos mientras sigan existiendo lugares como éste y como muchos otros centros de cultura y de difusión de cultura en nuestra ciudad y en nuestro país. Son pocos, nunca serán suficientes y entonces vale la pena defenderlos de la incuria administrativa, de la burocracia, de la incomprensión de las autoridades. Es una labor en la que estamos empeñados todos los que tenemos una preocupación por este país, tanto en la Universidad Nacional como en la Casa del Poeta y otros centros.

A principios de 2009 se publicó tu primera antología poética bilingüe que diste a conocer en una lectura en la Casa del Poeta, precisamente.

Es un libro de Mark Shaffer que en inglés se llama *Before saying any of the great words*, que es la traducción del título de uno de los poemas: “Antes de decir cualquiera de las grandes palabras”. Es una antología publicada por Copper Canyon en los Estados Unidos.

También son de reciente publicación el poemario Canciones de la vida común, y el año pasado diste a la prensa un

libro de ensayos: El correo de los narvales. ¿Cuáles son algunos de tus proyectos venideros?

Siempre estoy escribiendo poemas. El proyecto inmediato es reunir un montón, pues se han acumulado en los cajones y darle una forma, un orden. Es una labor tan ardua y a veces lo parece más que la propia escritura de los poemas. Quiero escribir un libro de ensayos. He estado colaborando en la *Revista de la Universidad de México* desde 2007. Ahí me han recibido con una gran generosidad Ignacio Solares y su equipo de colaboradores y quiero hacer algo con esos artículos, en realidad son pequeños ensayos. También deseo seguir con mis clases en la Universidad de la Ciudad de México. Como profesor he puesto a prueba mis magros conocimientos de métrica y versificación, un tema que merece un tratamiento a fondo. Muchos de los poetas modernos están un poquito al margen de esas preocupaciones, es perfectamente legítimo que lo estén pero yo prefiero, como decía uno de los viejos maestros, conocer las reglas para poder transgredirlas más a gusto. Si uno conoce cuáles son las reglas de la acentuación, de la prosodia de la métrica castellana, se siente muy bien cuando transgrede esas reglas y quienes no las conocen simplemente se pierden este goce. Esto se puede apreciar en todas las artes. Como los pintores que rompieron todos los moldes y las convenciones y propiciaron una gran revolución. Lo mismo sucede en la poesía y también hay que confesar que existe cierta perversión en escribir poemas con metro y rima que nunca publico. Eso sólo es para mí, nada más, y para los chiflados a los que les interesan estas cosas: sonetos, octavas reales, tercetos, décimas. Éstas podrían publicarse, de hecho he publicado algunas, pero con cierta reticencia.

¿Qué opinión te merece el trabajo de los jóvenes poetas de nuestro país, ya que mantienes una cercanía con las generaciones más recientes?

Durante muchos años coordiné talleres, ofrecí cursos y, sin embargo, de un tiempo a esta parte he dejado estas actividades que son agotadoras. Prefiero las clases que la relación coordinador de taller-escritor joven, porque descubrí que en alguna forma es una relación desventajosa para el coordinador, es muy pesados tratar con genios, genios que tienen dieciocho o veinte años y que son más incandescentes que los otros que ya están más avanzados en la vida. En realidad lo que a mí me mueve es la poesía y la poesía dentro de ese extraordinario infinito que es el infinito del lenguaje. A menudo pensamos que la poesía moderna es muy prosaica, pero así tiene que ser, está contaminada de la prosa del mundo y, sin embargo, en esa poesía áspera, a veces hasta hostil, oscura, refractaria a la comprensión de la primera lectura, hay momentos verdaderamente sublimes por los cuales la vida vale la pena ser vivida.

© Antonio Carreira

